

Frontera

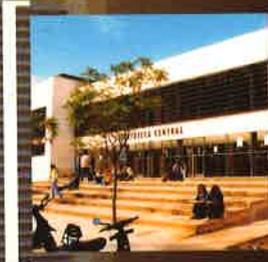
[55)



REVISTA DE CAJA BADAJOZ
VERANO 2003


Caja de Badajoz
una vida
Aprosuba 3

Un verdadero hogar
para discapacitados
adultos



**Biblioteca Universitaria
de Badajoz: un éxito**



Brasil, otro mundo



sumario

4



Un verdadero hogar para discapacitados adultos

12



Inauguración del complejo residencial San Javier

18



Olivenza: la perla que costó un tesoro

26



"Corpus Documental de Carlos V": los secretos del Emperador

32



Festival de Mérida: 70 años de cultura viva

40



Biblioteca universitaria de Badajoz: un éxito

48



La Caja apoya a los Grupos de Acción Local

55



Asamblea General Ordinaria 2002 de Caja Badajoz

61



Nuevo convenio cultural con la Diputación de Badajoz

62



Colección de DVD's "Comarcas de Badajoz"

63



Caja Badajoz, "Premio Down a la igualdad de oportunidades"

67



Caja Badajoz y "Frontera" en Internet

HISTORIA

La otra cara
de la anexión
española
de Olivenza



Manuel Godoy.

La Perla que costó un tesoro

LUIS ALFONSO LIMPO PÍRIZ

Licenciado en Ciencias de la Información, Archivero-bibliotecario de Olivenza

La incorporación de Olivenza al territorio español no fue gratis. La perla costó un tesoro. Las conquistas de la Guerra de las Naranjas tuvieron efectos muy importantes en el continente americano, donde España perdió, en beneficio de Portugal, territorios tan grandes como el país vecino, y aún mayores.

En este trabajo ofrecemos en primicia lo que al otro lado del Atlántico recogen los manuales como historia exclusivamente de América, casi soslayando el vínculo peninsular. Con él debuta en Frontera un verdadero conocedor del tema y de la historia de la ciudad.

LA relación de Extremadura y América no se agota en el tópico de los conquistadores. Las conmemoraciones del Quinto Centenario propiciaron la creación de la oficina *Extremadura Enclave 92*, cuya herencia recogió el actual CEXECI (Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica*). A pesar de la inmensa labor de aproximación y conocimiento recíproco impulsada por esas dos entidades en los últimos años, subsisten aún páginas inéditas no

sólo para el público en general, sino también para los especialistas. Una de ellas es la repercusión que tuvo en América la conquista española de Olivenza en dos momentos históricos muy concretos: 1801 y 1816.

LA OTRA GUERRA DE LAS NARANJAS

La Guerra de las Naranjas de 1801 ha tenido hasta ahora una sola cara y un saldo único en la historiografía: la pérdida del enclave portugués de Olivenza. Fueron apenas 450 km², pero de gran importancia estratégica por su ubicación al otro lado del Guadiana y su proximidad a Badajoz. Y, sin embargo, "gracias" a esa misma y denostada guerra, Portugal pudo ganar

(*.- Desde 1996 la Caja de Badajoz ha aportado al CEXECI más de 675.000 euros).

HISTORIA



Luis de Sousa
Coutinho.

en Ultramar un territorio de una superficie equivalente a la del propio país, es decir –así, tal como suena–, duplicar su territorio metropolitano. ¿Dónde?

En el extremo meridional de Brasil. Allí, las armas felices del Príncipe Regente D.

João VI se anexionaron 90.000 km² pertenecientes al Virreinato de

Buenos Aires y a la Corona española, una extensión equivalente a Andalucía, sin que tratado alguno, además, sancionara formalmente tan fabulosa presa. Quien se hizo con ella, para colmo de asombros, no fue un nutrido y bien pertrechado ejército regular, sino una tropilla de cuarenta milicianos, al frente de la cual se pusieron un *fazendeiro* y ¡un desertor!

¿Cómo fue posible la anexión de área tan inmensa, en tiempo récord y con tan pocos hombres?

LOS ANTECEDENTES

Para responder esta pregunta debemos retroceder justo cincuenta años y situarnos en 1750, fecha de la firma del Tratado de Madrid o *de permuta* entre Portugal y España. Roland Joffé, en su bella película *La Misión*, acertó a plasmar en imágenes el trasfondo histórico de ese tratado.

Para recuperar el estratégico enclave portugués de Sacramento, justo frente a Buenos Aires y en la desembocadura del Plata, España cedía a Portugal los llamados Siete Pueblos de Misiones, aldeas jesuíticas establecidas en la margen izquierda del Uruguay, por encima de la línea fluvial de Ibicuy. Solo que la permuta de ambos territorios no llegó a hacerse efectiva porque los guaraníes, con las armas en la mano, se negaron a ser moneda de cambio. *La Misión* refleja bien el desgarramiento de conciencia que el Tratado de Madrid supuso para los de San Ignacio: obedecer –y traicionar a los indios–, o rebelarse con las armas en la mano –traicionando los Evangelios y sus votos de obediencia–.

Rivales seculares en la cuenca del Plata, lo cierto es que portugueses y españoles unieron sus fuerzas contra los desconcertados indios, masacrados en Caaybaté, sin que el proyectado canje de territorios finalmente se llevara a cabo. La situación política cambió con la subida al trono de Carlos III en España

y el nombramiento de Pombal como primer ministro en Portugal. La Compañía de Jesús, como tal, no había alentado la rebelión guaraní. Pero este hecho fue utilizado como argumento de peso para acelerar la expulsión de la orden, de Portugal y Brasil primero, de España y de sus Indias después (1767).

El temor a la constitución de una especie de estado teocrático dentro del Estado –razón lógica de orden superior– obligó a sacrificar los intereses estratégicos de la Monarquía española en aquellos lejanos confines. Porque lo cierto es que los únicos que allí habían frenado la expansiva frontera portuguesa, dilatada por los *bandeirantes* cazadores de esclavos, eran los jesuitas. La Compañía fue el antemural de España frente al continuo rebasamiento portugués del meridiano de Tordesillas.

Pasados diez años del fatídico decreto de expulsión, España logró imponer a Portugal un nuevo Tratado de Límites en el que confirmaba su soberanía no sólo sobre el preciado enclave de Sacramento, sino también sobre las fértiles llanuras orientales de los Siete Pueblos de Misiones. El Tratado de San Ildefonso de 1777, seguido, al año siguiente, por el de El Pardo, enterró el inviable meridiano de Tordesillas y *delimitó* sobre el papel la frontera entre la América española y la portuguesa, apelando al principio de las fronteras naturales: lagos, ríos, cumbres de montañas... Pero no *demarcó*, no llegó a fijar sobre el terreno una divisoria común. Fue un Tratado de Límites provisional, a la espera de que los comisarios demarcadores concordaran sus mapas. Aunque en algunos tramos hubo acuerdo, las dificultades y las discusiones técnicas se arrastraron durante años y años, sin que existiera tampoco clara voluntad política de ponerles fin, sobre todo, por parte portuguesa.

¿Y qué tiene que ver Olivenza con todo esto? En la situación de provisionalidad fronteriza instaurada por San Ildefonso, y ya sin jesuitas que armaran o destruyesen a los diezmados guaraníes, se llegó al 27 de febrero de 1801, fecha de la declaración de guerra. En la península, la superioridad militar de España frente a Portugal era manifiesta. Pero, ¡ay!, en la América meridional, como enseguida veremos, la situación era justamente la inversa.

LA VENTAJA DEL MAR LIBRE

En 1801 Portugal adoptó en la América meridional una política de inspiración ofensiva, porque factores de diversa índole le empujaban hacia el sur. En primer lugar, la afanosa búsqueda del estuario del Plata, anterior incluso a la fundación de la punta de lanza de Sacramento. El territorio de Misiones era una especie de tapón que obstruía el camino hacia el sur. Pero,



La aldea de Villarreal, en la margen izquierda del Guadiana, dependía de la plaza fuerte de Juromenha, situada sobre un escarpe en la margen derecha.

además, ese obstáculo era una tentadora isla de riqueza en medio de las llanuras orientales, por su abundancia en dos productos de gran demanda: la yerba mate y el ganado mular. Faltaba sólo el golpe de gracia para restablecer la frontera acordada en 1750. Ahí tenemos los tres impulsos esenciales que, unidos a la oportunidad, motivaron la intervención portuguesa: el interés estratégico, la atracción económica y el precedente jurídico del Tratado de Madrid.

Los escenarios de la Guerra de las Naranjas en su proyección americana fueron tres. De las operaciones militares en el norte (Nova Coimbra) y en el sur (Cerro Largo) no se derivaron alteraciones significativas de las fronteras de *papel* de San Ildefonso. En cambio, las anexiones portuguesas en el área central fueron inmensas. La pérdida del fuerte de Santa Tecla supuso perder el control de un amplio sector de la Banda Oriental. La destrucción de las más de 300 estancias que protegía causó en el por entonces desconocido oficial de caballería José Gervasio Artigas una impresión indeleble.

En el área de las Misiones Orientales del Uruguay el descalabro no fue menor. La ocupación, inspirada por las más altas instancias políticas, fue planificada por el teniente coronel Corrêa da Câmara, pero ejecutada finalmente por partidas irregulares de civiles. Fueron los cabecillas de aquella aventura el estancie-

ro-miliciano *Maneco* Pedroso y un desertor con amplios contactos entre los indios, que no desperdició, desde luego, la oportunidad de rehabilitarse.

La noticia del inicio de las hostilidades entre Portugal y España (19 de mayo) llegó a las costas de Brasil en un tiempo récord para la época (15 de junio), y cuando en la península se había firmado ya el Tratado de Badajoz (6 de junio). Río de Janeiro tuvo conocimiento de la ruptura (27 de febrero), antes que Buenos Aires, porque, recordemos, España por entonces estaba en guerra con Inglaterra, la reina de los mares aliada de Portugal. Jugando con esa ventaja, a mediados de julio Corrêa da Câmara dio patente de corso a Pedroso y a do Canto, el desertor, para que, con sus respectivas cuadrillas, de veinte hombres cada una, atacaran las diseminadas guardias españolas, saquearan las antiguas reducciones y arreasen el ganado que campaba en sus vastas estancias.

“A CONQUISTA MAIS VENTUROSA...”

Pedroso y sus hombres se dirigieron en primer lugar a la Guarda de San Martín. A la vista de fuerzas superiores, la pequeña guarnición española abandonó el puesto, cumpliendo las órdenes que tenían. Cuando Borges do Canto llegó a San Martín y la encontró guarnecida por los suyos, siguió adelante. Por un indio, viejo conocido suyo, se enteró de que treinta españoles dirigían una tropa de trescientos guaraníes para construir un fortín en Chuniveri. En el amanecer de una fría mañana de agosto, en pleno invierno austral, los veinte portugueses se interpusieron por sorpresa entre indios y españoles. Los trescientos indios no sólo no movieron un dedo en defensa de los españoles, sino que pasaron a reforzar la tropilla de Borges.

Tras el audaz golpe de mano en Chuniveri, siempre al amparo de la noche y bajo una lluvia atroz, la hueste se dirigió a San Miguel, capital del Departamento de los Siete Pueblos. Allí les esperaba el comandante D. Francisco Rodrigo con una buena pieza de artillería, municiones, pertrechos y doscientos hombres bien armados y equipados. Utilizando una vez más la maña antes que la fuerza, Borges do Canto rodeó el pueblo por completo, sirviéndose de los guaraníes como escudos humanos. ¡Sutil invitación a la desertión de los indios cercados! Acto seguido, instó a la rendición, amenazando bravuconamente con una degollina general. D. Francisco Rodrigo, que esperaba refuerzos del gobernador de Misiones, pidió tres días para pensárselo. Pero la crecida del río Pirajú retrasaba la llegada de los refuerzos. Temiendo que una bajada de las aguas debilitase su posición sitiadora, do Canto decidió dar un ultimátum. Los españoles capitularon sin llegar siquiera a medir fuerzas.

Una tropilla de
cuarenta milicianos
portugueses hizo
la proeza.



Plano que demuestra el conocimiento de la linde que separa el término de Juromenha, que existe a la izquierda del Guadiana, del territorio de Olivenza y expresión de las dehesas que forman dicha linde. Fdº: Manuel Antonio Torres.

Con la entrega de San Miguel, el punto donde los españoles habían concentrado todas sus defensas, el efecto dominó se apoderó del resto de la tropa diseminada por las demás Misiones. Una tras otra, San Borja la última, cayeron sin oponer resistencia. Las aguas crecidas del Uruguay fueron el obstáculo que logró poner a resguardo las Misiones Occidentales y detener la gloriosa cabalgada de Borges do Canto, calificada por el historiador brasileño David Carneiro como "a conquista mais venturosa de quantas a História apresenta nos seus anais."

Cuando a primeros de noviembre los españoles quisieron pasar al contraataque, los portugueses habían consolidado sus defensas, sabedores —una vez más por anticipado— de la firma del Tratado de Badajoz. Las expectativas de extender aún más las conquistas, por un lado, y las esperanzas de recuperar lo perdido, por otro, habían prolongado la guerra. Pero, a finales de ese mismo mes de noviembre, se alcanzó un equilibrio

de fuerzas sobre el terreno que impedía el avance de cualquiera de los dos bandos. El Marqués de Sobremonte accedió al alto el fuego solicitado astutamente por el comandante portugués. En enero de 1802 llegaba a Buenos Aires la orden de poner fin a las hostilidades. Así fue como un puñado de milicianos, guiados por un desertor, incorporó de facto a la Corona portuguesa una extensión equivalente a las actuales provincias de Huelva, Badajoz, Cáceres y Salamanca.

LOS ERRORES DE ESPAÑA

Los errores de España, naturalmente, explican los éxitos de Portugal. Errores políticos y estratégicos, unidos a imponderables geográficos, graves deficiencias defensivas y azares de la administración colonial.

El primer antecedente de la caída de Misiones en 1801 lo tenemos, según vimos, en el Tratado de Madrid de 1750. A cambio de Sacramento, y buscando la frontera natural del Ibicuy, España se alió con su enemigo secular en contra de sus aliados naturales, guaraníes y jesuitas. Las Misiones cumplían la función de barrera frente al dinamismo congénito de la colonización portuguesa. Jaime Cortesão, con sinceras y crudas palabras, escribió que si Pombal no hubiese dado a la Compañía "o certo golpe que arrastrou a sua queda na própria Espanha, nunca o território das Missões teria pertencido ao Brasil".

Tras la expulsión de los jesuitas, las Misiones entraron en una irreversible decadencia. Su población descendió a poco más de la mitad. Muchos indios se fugaron a Brasil y otros se dispersaron por el virreinato. Sólo los más inútiles permanecieron. El entendimiento *previo* con los guaraníes de los Siete Pueblos, oprimidos por el régimen semiesclavista de la encomienda, permitió a los portugueses presentarse ante ellos no como conquistadores, sino como libertadores.

Estos dos errores hubieran podido tal vez paliarse con una acertada previsión estratégica. Pero el virrey Avilés, temiendo más un ataque de Inglaterra en las costas que de Portugal en el interior, desguarneció casi por completo la frontera: una frontera indeterminada

Frente a los menos de 450 km² de Olivenza, Portugal ganó en América, en principio, 90.000 km² de territorio hispano.

y abierta, practicable, con miles de kilómetros y apenas cubierta por unos efectivos ridículos, 414 hombres en total, dispersos en pequeñas guardias diseminadas y con órdenes de retirada ante la presencia de fuerzas superiores.

Si a todo lo dicho añadimos la falta de tropas veteranas, de artillería, de caballos —esenciales para la guerra en la llanura—, los atrasos de meses y años en los sueldos, la consecuente defección, y, por último, el relevo en el virreinato del bienintencionado Avilés por el inepto y septuagenario Joaquín del Pino, justo en la primavera de 1801, comprenderemos que el desenlace de la inevitable guerra no pudiera ser otro para España más que la debacle, el desastre total.

DESCENSO AL QUARAI

En 1801, con 34 años de edad y una fecunda experiencia política en su haber, Manuel Godoy negocia en Badajoz, su ciudad natal, el tratado del mismo nombre. Las riendas de la guerra y de la paz están en sus manos. Días antes, la reina María Luisa le ha recomendado: "A la paz debes de hacer no queden en pie ninguna Plaza ni fortaleza a la raya. Olivenza a se de quedar por nuestra siempre, en América hemos de sacar nuestra raja..." Generoso, sin esperar a conocer lo que haya podido pasar al otro lado del charco, Godoy devuelve todas sus conquistas (Juromenha, Arronches, Campo Maior, Oguela, Castelo de Vide, Barbacena...) y retiene ape-



D. Rafael de Sobremonte.

nas el enclave *além-Guadiana* de Olivenza, secular espina clavada en el flanco sur de Badajoz. Hay que engañar a Napoleón, o, lo que es lo mismo, hay que salvar a Portugal de la ocupación.

El joven primer ministro tiene enfrente a Luis Pinto de Sousa Coutinho, un viejo conocido que le dobla la edad. Pinto es un experto en las fronteras del Brasil en general, y de las meridionales en particular, por haber sido gobernador de Mato Grosso años antes. Godoy sabe que cuando las noticias de la guerra lleguen a América, donde San Ildefonso dejó las fronteras en el aire, Portugal buscará el desquite. En previsión de ello, y siguiendo una vieja tradición de la diplomacia peninsular, incluye en el Tratado de Badajoz un artículo, el X, del siguiente tenor: "Las dos Altas Partes contratantes se obligan a renovar desde luego los tratados de alianza defensiva que existían entre las dos Monarquías".

Ahí están sin nombrarlos, por obvios para los firmantes, los tratados de San Ildefonso (1777) y El Pardo (1778). Reza el segundo de los artículos secretos de San Ildefonso: "Siendo la guerra ocasión principal de los abusos y motivo de alterarse las reglas mejor concertadas, quieren Sus Majestades Católica y Fidelísima para evitarla siempre, como desean, y mucho más en sus dominios de América Meridional, que a los motores o caudillos de cualquier invasión de aquellas partes, por leve que sea, se castigue con pena de muerte irremisible; y cualquiera presa que hagan se restituya de buena fe íntegramente".

Es fácil de adivinar que, una vez el pájaro en la mano, Portugal no iba a soltarlo por cumplir la letra del humillante Tratado de San Ildefonso. Godoy, es cierto, pudo haber sido más explícito e incluir, entre las cláusulas del de Badajoz, una mención expresa a la reposición del *statu quo ante bellum* en América. Pero mucho nos tememos que tan previsoras prevenciones no hubiesen alterado lo más mínimo los acontecimientos de la Banda Oriental, ya que la realidad siempre fue independiente del derecho. Lejos de ser castigado con la pena máxima, a Borges do Canto lo readmitieron con honras en el ejército. Y en cuanto a la jugosa presa, no sólo no fue restituida, sino aumentada.

Tras la mutua suspensión de armas acordada en noviembre de 1801, los portugueses se establecieron, al norte, en la línea del río Ibicuí y, al sur, en la del Yaguarón. Aunque en el sur el frente se mantuvo estable, en el norte se produjo una significativa progresión de las anexiones portuguesas, que descendie-

ron hasta la línea del Quaraí. ¿Motivo? Las antiguas estancias de los Siete Pueblos, inmensos territorios donde, a modo de despensa viviente, se reproducía en libertad el ganado cimarrón.

La ocupación portuguesa de la ancha faja entre los ríos Ibicuí y Quaraí se produjo en el año 1804, como resultado del choque fortuito entre dos partidas de caballería ligera que patrullaban la zona. La consecuencia del olvidado combate de Jarau fue, por la vía de los hechos consumados, un nuevo empujón de la frontera portuguesa hacia el estuario del Plata. Sin medios para oponérsele sobre el terreno, el virrey Sobremonte se avino a fijar *provisionalmente* los límites de ambos dominios en aquel río, en tanto se alcanzase un acuerdo político definitivo entre las dos cortes.

LA REACCIÓN ESPAÑOLA

¿Cuál fue la reacción española al tener noticia de los acontecimientos del Plata? La primera medida, cortar cabezas: D. Joaquín del Pino fue apeado del sillón virreinal. Aunque, al año siguiente, fue repuesto en el mando (1803), acabó sustituyéndole el Marqués de Sobremonte por pliego de mortaja. Otra de las medidas adoptadas por Madrid fue el procesamiento, incluso en consejo de guerra, de los militares sospechosos de connivencia con los portugueses. Como los militares se tapaban las faltas unos a otros, los culpables salieron absueltos y sin cargos, cuando no, como en el caso de Francisco Rodrigo, ascendidos. Una tercera medida que se adoptó en aquellos días convulsos de 1803, con el continente europeo desgarrado por el pulso entre Napoleón e Inglaterra, fue proscribir las encomiendas que aún existieran y conceder la libertad total a los guaraníes.

Simultáneamente a la adopción de estas medidas internas, España reclamó oficialmente, el 5 de julio de 1802, la entrega de los territorios ocupados, a través del entonces encargado de negocios en Lisboa, y futuro presidente del Consejo de Ministros, D. Evaristo Pérez de Castro. Como evasiva, a finales de ese mismo mes, el regente D. João VI expresó sus deseos de que reiniciaran sus trabajos ¡los comisarios demarcadores de San Ildefonso! El 3 de agosto, Pérez de Castro insistió en sus anteriores demandas que, esta vez sí, recibieran respuesta, pero sólo respuesta, satisfactoria.

Teniendo en cuenta que en la Guerra de las Naranjas se había hecho ostentosa la fragilidad defensiva de Portugal, D. João VI adoptó en princi-



D. João VI, rey de Portugal y de Brasil.

pio una actitud apaciguadora: decir por oficio que *había ordenado* la devolución de los territorios ocupados. Pero, a renglón seguido, violentaba el espíritu del Tratado de Badajoz reclamando una exigua porción del término de Juromenha, situada en la margen izquierda del Guadiana: concretamente, la aldea de Villarreal, que antes de 1801 no formaba parte del término de Olivenza.

Hay que tener presente que, por el artículo 3 del Tratado de Badajoz, S. M. Católica restituía todas las plazas conquistadas, con sus respectivos territorios, hasta el momento de la firma, Juromenha incluida. Pero conservando "en calidad de conquista, para unirla perpetuamente a sus dominios y vasallos, la Plaza de Olivenza, su territorio y *pueblos desde el Guadiana; de suerte que este río sea el límite de los respectivos reinos en aquella parte que únicamente toca el sobredicho territorio de Olivenza*".

La ausencia de una mención expresa a la aldea de Villarreal en la letra del tratado, irrelevante para la justa interpretación del artículo 3, a la luz del principio de frontera natural, fue sin embargo utilizada y explotada a posteriori con singular maestría por la diplo-

macia portuguesa para bloquear la reclamación española de los Siete Pueblos. La estrategia portuguesa acabó por invertir del todo los papeles, convirtiendo a la España demandante de 90.000 km² y 12.000 almas, en demandada por 30 km² y un lugarejo con menos de 30 vecinos.

De nada valieron las insistentes y bien fundadas reclamaciones de Pérez de Castro, que se prolongaron inútilmente hasta el verano de 1803. Le tomó el relevo, a título de embajador, el Conde de Campo Alange. Lisboa hizo saber al conde que se habían dejado en suspenso las órdenes de devolver los territorios ocupados (en realidad, nunca cursadas), por no haber concordado España en la interpretación portuguesa del artículo 3 del Tratado de Badajoz. La estrategia de ganar tiempo, prometiendo la devolución, pero neutralizando acto seguido la demanda española con exigencias de imposible cumplimiento, estaba dando sus frutos.

Un nuevo factor hizo que se dilataran aún más los plazos: la sustitución al frente de los Negocios Extranjeros portugueses de D. João de Almeida por Luis Pinto de Sousa. Durante seis meses se debatió Campo Alange en la espesa tela de araña hecha de confusiones, obstáculos, órdenes, contraórdenes, vaivenes, idas y venidas que tejieron para él, con habilidad suma, el triángulo formado por el Regente, su ministro de Marina y el ex-gobernador de Mato Grosso. En febrero de 1804 Campo Alange no aguantó más y escribió un extenso informe denunciando los procedimientos dilatorios de Lisboa, aconsejando dar carpetazo a la vía diplomática para recuperar los territorios ocupados. Luis Pinto de Sousa moría el 14 de abril de ese mismo año.

LOS "MOTIVOS AMERICANOS" DE GODOY

Antes incluso de la ruptura formal de las negociaciones, en el otoño de 1803, ya Godoy había encargado a la Junta de Fortificación y Defensa de Indias la elaboración de un plan para recuperar por la fuerza, como en los buenos tiempos de Carlos III, las anexiones portuguesas. Aunque el desastre de Trafalgar lo hizo del todo inviable, es curioso comprobar cómo el proyecto siguió su curso burocrático.

El plan español contemplaba el transporte de 4.000 hombres, con el Jefe de Escuadra D. José Bustamante y Guerra a su mando. El envío de este contingente se anunciaría como complemento ordinario a los cuerpos del Plata, para no levantar sospechas. La expedición debía dirigirse contra Río Grande de San Pedro, ocuparlo por sorpresa y, de ese modo, obligar a los portugueses a que devolvieran a España Santa Tecla, los Siete Pueblos y, ya puestos, los fuertes de Nova Coimbra, Alburquerque y Miranda. "No me

La rebelión guaraní sirvió de pretexto para la expulsión de los jesuitas de la península.

descuido en la reunión de las expediciones que deberán salir luego que haiga proporción; esta es la de Texas y otra para la América Meridional contra los portugueses, que en sana paz se han ido posesionando del continente y sus ideas son de arroxarnos de él", escribe Godoy a la reina el 3 de octubre de 1806.

Apenas tres días después redacta en El Escorial su famosa proclama contra Napoleón, el enemigo sin nombre. La resonante victoria de Jena pone fin al último y desesperado intento del Príncipe de la Paz por librarse de la humillante satelización francesa. Una vez más, al extremeño le falló Europa. Jena arroja definitivamente a Godoy en brazos de Napoleón. De ahí al Tratado de Fontainebleau no hay más que un paso.

Todavía hay en Portugal quien se rasga las vestiduras por el "monstruoso reparto" de su país que se fraguó en ese inicuo tratado. Fontainebleau, no podemos negarlo, era en lo personal el futuro de Godoy, amenazado por la subida al trono de Fernando y, en lo político, un golpe definitivo contra los intereses británicos en el continente. Pero, interpretado a la luz de las noticias secretas de América —ignoradas por los españoles de la época y *materia oscura* hasta la fecha en nuestra historiografía—, Fontainebleau debió de ser también, en la mente de Godoy, el desquite por la anexión —ésta no proyectada, sino real— de los Siete Pueblos de Misiones, consumada cuatro años más tarde con el descenso al Quarai. Pensaría el valido: "¡y tener aun la osadía de disputarnos la aldea de Villarreal, cuando en 1801 le paramos el golpe y abrimos mano de todo lo conquistado, con la sola excepción de una plaza ridícula que la Naturaleza puso del lado de España!".

Para España, Fontainebleau fue también la compensación metropolitana por el descalabro colonial, el proyecto de una segunda edición, pero esta vez en serio, de la Guerra de las Naranjas. Una guerra, como la luna, con su cara oculta, y de la que tal vez hubiera podido decir la reina María Luisa, con el garbo habitual de su castiza pluma: "buena la hicimos, Manuel, que, yendo por lana, salimos como el del cuento, trasquilados". ■